

Man Césped

Símbolos Profanos

© Rolando Diez de Medina, 2009
La Paz - Bolivia

INDICE

De mi Cosecha.
Lance de Amor.
La Semilla.
Hermano Árbol.
Génesis de la Cultura.
Vaso de Agua.
Espíritu de Maternidad.
El Beso.
Los Niños.
Indulto Celeste.
Nenúfares.
Pena Chica.
La Espina.
Auroras.
El Alma del Pino Roto
Vírgenes Madres.
Motivo Blanco.
Madrecita.
Pastoral.
Corazón.
Flores de Invierno.
Reviviscencia.
Lo que me dijo el Cielo.
Alma Flor.
Orquídeas.
Azucena.

Copo de Nieve.
Madreselva
Milagro Natural

Lección de Amor
Loba Capitolina
La Abeja
El Gusano de Seda.
Angelito
Barquitas de Papel.
Las Perlas de la Nube.
Hermano Perro.
El Padre Gusano.
Alma mía
Las Hermanas Golondrinas.
Oro de la Tarde.
Oración Final.

LA BONDAD Y LA POBREZA

La Bondad y la Pobreza.

EL GALLO COCHINCHINO
El Gallo Cochinchino.

DE MI COSECHA

EL libro es un pan.

He aquí el que yo os ofrezco.

No es pan heroico de hornada homérica, ni torta lírica de amasijo virgiliano. Son panecillos del buen San Claus, hechos de harina de trigos espigados en los rastros de la vida, y de masa salada con sal pura, y cocida al rescoldo de la fogata, de la que al raso hace su hogar el peregrino.

Panecillos de alma de niño, profanos en lo que tienen de humano y simbólicos en lo que son de amor.

Acaso os gusten. A mí me parecen buenos, y realmente son muy blancos.

LANCE DE HONOR

Ascendí a la más alta cumbre. La montaña se coronó de mi inteligencia, y yo me incorporé en su grandeza.

La eminencia con su altura y mi alma con su conciencia, hicieron un gigante que tenía los pies en el Océano y la cabeza en las nubes.

Mi grandeza fue enorme; mas se advertía que sólo era la grandeza ilusoria de un coleóptero posado en la cabeza de un saurio -detalle de prolijas sutilezas que no amenguaba la magnitud de mis pensamientos-. Yo me encontraba realmente admirable y en mi encumbramiento, con arrebató olímpico, sentí el vértigo de las alturas artificiales.

En mi fatiga y en mi esfuerzo dejé en el camino la bondad de mi ser, y en la cima, gélido ambiente de vanidad y soberbia endureció mi corazón.

La luz de mi buen espíritu se difundió en la mole como el radium en las escorias y las acritudes de las inmensas rocas y las profundas oquedades del abismo infundieron a mi alma sus sombras y deformidades.

El sol, poniéndose tras de mí, con majestuosa lentitud cubrió mis espaldas con un sutil manto de resplandores. Como un rizado perro de aguas, el mar lamía mis calzas de granito, y el cielo convertía las nubes en flores para esparcirlas sobre mi cabeza.

Beodo de terrena grandeza, me sentí supremo, único capaz de hacer eternamente mía a la hembra luminosa: la Gloria.

Esta ideología de mente insana, trocó mi alegría de criatura plácida de su gracia verdadera, en zaña de bestia insensata, celosa de su poderío imaginario.

Me olvidé de los hombres, ya que no alcanzaban a la dignidad de mi memoria, y me acordé de Dios; pero no con la timidez de los creyentes, sino con la bravura de los poderosos. Me enfadaba la rivalidad de su grandeza, y retándolo por el honor de los cielos, le dije con la voz de trueno de las lóbregas tempestades: ¿Dónde me esperas?

En el lenguaje del símbolo, en el habla inarticulada del verbo sin lengua, mi provocado me contestó: Aquí...

La voz salió de bajo de mis plantas. Bajé los ojos, busqué, y sólo vi una brizna de carne pálida y traslúcida, una miseria viviente, la más débil e inofensiva de las criaturas.

El otro, mi rival, me había citado al terreno del gusano. Me estremecí.

Yo no seré quien vaya; pero, cualquier día, un cortejo doliente me llevará encajonado a ese macabro lance de honor.

II

LA SEMILLA

En la escuela de la conciencia, un curioso pensamiento niño, dijo al dómine entendimiento: "Maestro, ¿qué es una semilla?"

El maestro repasó un instante sus ideas en la memoria, y luego respondió atento y grave: "Hijo mío, una semilla es la suerte de una estrofa del poema del principio, trasmitido a las edades por la tradición de la vida; es la lengua del verbo inmortal, encerrada en los cotiledones, que se abren para repetir un pensamiento de la creación. Una semilla es el cofrecillo de las joyas vivas con que se engalana la hija del firmamento: es el arca pequeñita de los vasos religiosos de la forma, del color y del perfume; es el estuche nimio que guarda el broche de la espiga o del racimo. Una semilla es la parábola del bien, el credo de la fecundidad, la oración de la esperanza. Una semilla es el símbolo de los gloriosos, para los que la muerte es sueño y el entierro resurrección.

Una semilla, para la fe, es un medio de la Providencia, y para la razón, un sistema de la Naturaleza. Ciencia o milagro, la semilla es para el amor la eternidad de la belleza.

Una semilla es para la tierra que comulga la existencia, el panecillo de la gracia, cuya dura corteza se entenece con la plegaria de la lluvia, y cuya amiga fosforosa se inflama con el calor del sol.

III

HERMANO ARBOL

Altar de la vida en el que las abejas dicen la misa de la fecundación de la flor.

Castillo que crece y tras el descanso invernal, se limpia y remoja para esperar la vuelta de la reina Abundancia y de la princesa Alegría.

Heraldo de las primaveras, que con la ecloción de sus yemas morenas, anuncia el despertar de la belleza a un ciclo de huevo amor.

Prado colgante en que sobre rústica columna se elevó el vergel, donde encuentra apartado y seguro lugar el señorial reposo de la empolladora avecilla, y ocultos y altos coros de frondosos escaños, la fauna angélica de los pajarillos que gratamente bulliciosos **rezan** en las madrugadas, encomendando su buche al dios de los campos.

Solar de la sombra meridiana, donde encuentra ambiente de ermita fresca y aromática el caminante hostigado por el sol.

Índole rica de la más noble virtud que, majestuosa, agradece la escoria y el riego, y grata al beneficio, multiplica en los pétalos de sus flores las lenguas de nieve, de oro o de grana con que dice su gratitud.

Gigante de corazón blanco, puro sentimiento del bien, que haciéndonos más grato su desprendimiento, se viste de esperanzas, para alcanzarnos los bellos dones de su fecunda ilusión.

Opulento en dar, ignorante del mezquino querer. Sin ansias, sin goce para sí, pródigo de bellezas, tentador para hacer favores.

Su vida es su alma, porque más alma que la sensual emoción, es la aspiración al cielo y la gratitud al bien.

Mártir de lágrimas balsámicas. Santo nimbado de perfume.

Árbol padre. Padre nuestro que estás en la tierra.

Árbol hermano. Hermano sin vituperio, que no sólo comparte, sino que da toda la generosidad de su savia en la dulce comunión de la sustancia de su belleza.

Esteta maravilloso. Estoico sublime. Poeta de su poesía. Filósofo del silencio.

En vida es la gracia de la fiar, la bondad del fruto y la clemencia de la sombra.

Mutilado y seco, su material fragante e incorruptible, es el cuerpo glorioso de la comunión de nuestros menesteres. Con él se apresta la cuna, pequeño barco con velamen de tules, en que se hace a la mar el comercio de la esperanza. Con él se preparan las arcas de los equipos nupciales. Sostiene el techo y mantiene el fuego de nuestros hogares, y prestando a nuestra planta su resistencia sobre la onda, nos hace vencedores del Océano, y cuando la vida nos abandona, él nos recibe, nos tapa y nos vuelve a la tierra, ocultando nuestra miseria.

El árbol es el genio de la piedad, que dándonos en la hoja de la palma el apresto radioso de la esperanza, nos arma caballeros para la aventura de otra vida, e imitando las fantasías policromas del cielo, fingiendo quiméricos humanos anhelos, como celajes de la tarde a la puesta del sol, derrama flores sobre los restos de la inteligencia apagada. Y en el naufragio de la existencia, encadenando la memoria con ramas de laurel, echa tras los muertos, coronas: salvavidas del recuerdo, que flotan en la luz.

IV

GENESIS DE LA CULTURA

Al principio, horribles animales debieron ser los tipos de la Humanidad, cuando sólo eran un par de monstruos peregrinos: bestias montañosas entre cuyas selváticas greñas apenas se columbraba la inteligencia, como un lejano amanecer.

Con la cara inflexible, dura y peluda; los ojillos punzantes e inquietos; las espaldas combadas y sangrantes, y las extremidades perplejas, sin saber si al fin serían, las cuatro, manos o pies.

Comer, dormir, generar: todo brutalidad, al suelo, en lucha, sin dignidad, sin espíritu, sin gratitud. La hembra servil necesidad. La fuerza todo poder.

Mas la conciencia creció, y se hizo evidente la voluntad. La carne obedeció al alma; la aurora divina de la sonrisa iluminó la boca con la luz íntima de la simpatía; floreció el primer beso, y comenzó la Humanidad.

Y así como el poeta arranca del basto ovillo de la lengua el encaje sonoro del verso, así la cultura, de los toscos materiales de la Naturaleza, sacó el delicado artificio de nuestra vida.

Se velaron las formas. Se purificó el deseo. Se espantaron del mundo sátiros y faunos, y el ideal de la belleza concibió el genio del amor.

El anhelo de la virgen se cumplió en el altar y el hombre, en lugar de nacer en infesto cubil, nació en el trono de la maternidad.

La cultura, levantándose del quijarriente y polvoroso suelo, nos condujo por sobre mullidas pieles a la mesa en que nos esperaba la vena cristalina del manantial en ánforas de sílice, y el blanco corazón del trigo en fuentes de coalín, y en egregios copones los delicados frutos del cultivo de la tierra, y la policromía de las flores en el vaso conservador del tributo de la belleza.

Y haciendo su culto de la limpieza del cuerpo y del alma, seguirá ahondando en el corazón humano hasta encontrar la Verdad, y derribando ídolos de concupiscencia y de miedo, en un impulso ascensional infinito, alcanzará el más alto resplandor del Amor y la Belleza.

V

VASO DE AGUA

Reposa sobre mi mesa un límpido vaso cristalino, de roca prístina, lleno de agua del manantial.

Cáliz diurno, que contiene la serenidad del alba.

Bálsamo vital pare el cortado talle de la flor; fresco alivio para el ansia de férvida sed.

Cerebración del mundo; mentalidad de astro cuyos pensamientos son las nubes y cuyo verbo es el torrente.

La dócil quietud del amor es como tu pureza: un cuerpo lleno de gracia, en cuya transparencia está el prisma en que laten las bellezas del universo.

Espíritu rico y generoso: quiero aspirar la fecunda idealidad de tu inspirada sabiduría.

Óleo celestial del sacramento de la vida, quiero ser tu pontífice y consagrarte a la voluntad y al pensamiento en el milagroso vaso del ensueño.

Virgen pureza del agua, alma de cisne, sueño de loto: ven a mis labios, beso de dulce ondina conforta mi naturaleza con tu vino de luz.

Santos anhelos de ternura generosos deseos de plenitud: ¡Salud a la gloria del ser!

VI

ESPÍRITU DE MATERNIDAD

El amor al fruto de la concepción no es la única forma de maternidad. Hay otras de una condición sutilmente espiritual, que son como la exhalación vaporosa del sentimiento materno, excusado en un fútil motivo o recatado en una vulgar ocupación.

Así, una de las florecencias del sentimiento materno, es el efusivo cariño de las niñas mayores a los pequeñuelos. La vehemente caricia con que la joven quiere incrustar en su seno la tierna cabecita de su pequeño amigo, revela el deseo de sentirlo en su interior; deseo que ingenuamente confiesa al amenazarle comérselo a besos.

La consagración de la noble hermana al amor del hermano, el fervor religioso, las delectaciones en el piano, las vaporosas cantinelas en el jardín, y hasta la dedicación al arreglo de la casa, son esparcimientos de anhelos maternos que se desprenden de otros tantos géneros de maternidad.

La mujer desde que siente la vida es sustancialmente madre. Ella es realmente madre, aunque materialmente no lo sea, y lo es en tanto que exista, porque su espíritu, la esencia de su vida, es esencia de madre.

Son criaturas y juguetes los efluvios de su ser, sus sonrisas son niños alegres y sus lágrimas, muñecas de cristal.

Su virginidad es una maternidad blanca, como la nieve de las montañas, fecundidad elevada a las cumbres.

Y como tenues cirrus que prenden su cendal en la lejanía azul, fugaces ráfagas de ternura alientan en su alma una vaga e imprecisa maternidad de ensueño.

VII

EL BESO

En el reino de la animalidad era insondable el medio entre las almas. Los caminos de Dios estaban cortados por el abismo de la bestia. Cuando he aquí que el genio del amor inspiró con una idea sencilla y atrevida, a la técnica espiritual, la que sobre un abanico de alas de ilusión, arrimó dos pétalos de rosas de carne, uniendo en la coyuntura fugaz del beso el camino de los espíritus, que en el ábside de la comba divina, con deleite cambiaron sus esencias.

Y sobre el puente frágil y eterno: el más bello artificio de la ingeniería celeste, sin temor de ruina, se han unido ya tantas almas como luceros brillan en el cielo de la noche.

VIII

LOS NIÑOS

El alma de la niña es maternal.

El alma de los niños es ecuestre.

Mientras la niña hace un nene de trapo, el niño monta en una caña de carrizo.

Dejad a las niñas que jueguen a madres, y dejad a los niños que jueguen a caballeros. Salud con regocijo la revelación de esas dos cristalizaciones de la cultura del sentimiento: el amor y la honradez.

Dejad que el niño se incline al caballo: bestia de la arrogancia, bruto del heroísmo.

No importa que el caballo sea de madera o de ilusión, lo que interesa es que el niño aprenda a ser caballero de verdad.

¡Ay! del que no tenga un rocín en la vida: un gesto de altivez ante los hombres: ¡ay! del que no anhele un caballo con alas: una cumbre que enaltezca su existencia.

El que no calza el acicate de oro del amor propio; el que no alcanza el estribo de plata de la dignidad, está condenado a la inferioridad de los rezagados.

Cuando escuchéis que la niña arrulla al muñeco, dejadla presumir, guardad su maternidad pueril: que prospere la ternura en ese retazo de corazón en que comienza a cantar la Humanidad. Y la primera vez que el nene alce su apretada piernita, para pasarla por sobre el palo que su instinto le manda cabalgar: alentad su valiente esfuerzo; dadle estribo en vuestra mano y calzadle la espuela en el alma, con un beso en la frente.

IX

INDULTO CELESTE

Gran pecadora: tus valores de hembra dieron siempre mucho interés al incansable corredor de la Bolsa del vicio, el rufianesco Satán.

No tuviste tiempo de pensar sino en ricos y poderosos; pero una vez al salir de tu mansión, encontraste un pobre, y no pasaste indiferente ante él: te detuviste a buscar unos céntimos en tu portamonedas y los diste al desvalido, y los diste con alma, con pena de su miseria.

Tú que has vendido tu carne en fortunas. Tú que has costado al vicio elefantes de oro y camellos de diamantes: esa vez, con diez centavos compraste a Dios.

Belleza impura eterna Magdalena. Tu arte es el pecado, y tu conciencia la piedad.

No importa que siempre hayas sonreído en brazos de los hombres, si un instante supiste llorar a los pies de Dios.

El Maestro del amor te ha perdonado, y pese a la justicia, place al mundo su bondad pintoresca.

X

NENUFARES

Flores de leche con alma de sueño. Nenúfares que lloran. Nenúfares que ríen.

Angelitos que llegan. Angelitos que se van.

Angelitos que el salvaje despide con danzas y tamboril. El salvaje, que no es humano, porque es ruda franqueza, porque es recia verdad.

Los unos cubiertos de encajes, en cestas de bronce: mariposas sibaritas, que liban en opulentas magnolias. Los otros: pasto de las moscas, en cajón de toscas maderas, como en un ataúd; pulgones parásitos que medran en mustias tulipas.

Ninos ricos. Nenúfares con baño, con juguetes y con paseo. Afortunados angelitos, hechos de besos y de ilusión. Niños felices, como debieran ser todos los niños.

Niños pobres. Angelitos con cruz. Niños dioses: infantes de la gloria en el emblema, hongos del estiércol en la realidad. Miserables angelitos, hijos del hambre y del alcohol.

Angelitos que llegan como una maldición a los hogares sin pan. Angelitos que se van escarmentados del mundo para no volver más.

Angelitos que dejan desgarrado el corazón de la mujer infeliz, que en su dolor vergonzante piensa que a veces es una pena ser madre en este mundo desigual.

XI

PENA CHICA

Pena chica, pena de juguete, que pone ternura de tristeza en el alma niña.

Pena chica, muñequito enfermo con depósito de lágrimas y cuerda para llorar.

Niño menesteroso, amado mío: yo saludo en esa mueca del sufrimiento que ha puesto un temprano surco de reflexión en tu frente, la aparición de un pliegue de tu bandera de combate.

Me encanta tu alma pesarocilla, porque si la suerte te maltrata es que no te miente felicidad y te quiere hombre.

Las penas chicas enseñan a querer con fuerza, y los que quieren así, pueden lo que quieren.

Las penas grandes prueban al hombre, las chicas son las que lo forman.

Pena chica, pena de los hijos del infortunio que al rodar del tiempo serán los hombres de la fortuna.

Pena chica, pequeña aflicción, tristeza de pájaro que se duerme de pena.

Las penas no mueren, son clavos a que se acostumbra el corazón, y si son muchas le forman un broquel, que es la armadura que los hombres superiores que llegan a tener fuerte corazón de acero, para afrontar las grandes penas y sufrir sin caer, los golpes mayores.

A las penas humanas que nacen de nosotros, debemos amarlas como a hijas, y hacerlas fuertes para que nos defiendan de las fieras penas que luego vendrán de fuera.

Pena chica, mal que viene por bien, tristeza gemela de la esperanza.

Pena chica, tristeza del amanecer, zozobra de la vida que entra en el escenario del día, y tras el fragor de la tarea, acaba en el acto triunfal de la gloriosa puesta del sol.

XII

LA ESPINA

Con aire compungido, el pequeño de cabeza angélica, junto a la niña de senos místicos, enseña la mano donde con punzante brizna le hirió maléfica ortiga.

Ella, enternecida con el accidente baladí, presta cariñosa atención a su hermano, la idea de cuya molestia le pone una espina de luz en el alma.

Espinas que despiertan el cariño, dulces padeceres, cuando junto a nuestro dolor se tiene un corazón maternal o un alma hermana, que son como la flor de la espina que nos hiere, como el beso del dolor embellecido.

Santas espinas, cuando son simientes de doctrina, sondas de claridades, índices de manantiales de luz.

Gloriosas espinas, cuando significan reparos del bien, cercos del paraíso, agujones de la vida.

Espinas del amor, fútiles defensas de perfumes y de mieles, que bien valen una roncha en el corazón.

Espinas verdes del seto de mi jardín, tiernas espinas de la vida que sembráis con rigor el bien, guarda mi corazón de las espinas negras, uñas de momias, espinas de la ingratitud y de la injusticia, espinas de la memoria, espinas sin esperanzas, muertas espinas del árbol seco.

XIII

AURORAS

El cielo diáfano y esplendoroso parece un Cristo con ojos de miosota que dice: "Dejad a las niñas que aprendan a vivir".

El grupo de muchachas, como un manojo de margaritas inteligentes, pone toda su atención en hacer el punto que encadena la hebra de lana, formando la malla del abrigo. Las agujas, como agujones de rubias abejas, con rítmicos flechazos, arrancan el enlace de la florida malla.

La abuela, la senil mariposa, enseña a las crisálidas humanas a volar con las manos, a vivir la honradez, a enaltecer el sexo.

Es una vieja homérica de manos sabias que cantan el poema del trabajo, y las niñas atentas escuchan el menudo recitar del habla del porvenir.

Voltea el ovillo como un mundo que se desenvuelve, y la aguja de **crochet**, como un dardo de amor, se esgrime en las labores penetrando sin herir y arrancando sin desgarrar. Y el alma femenil, atenta y dulce, aprende el juego de la espada que ha de defenderla del deshonor y de la necesidad.

Ese momento de labores es un acto religioso, una consagración de la naturaleza paciente y afectuosa de la niña al hábito del trabajo.

Salve, mística niñez de la mujer.

Tallo de azucena en que se hace el alma de la madre.

Botón de rosa que envuelve en la suavidad de sus pétalos la corona del amor.

Albor de la gracia.

Angelus matutino.

Hora santa de la virginidad de la mañana.

XIV

EL ALMA DEL PINO ROTO

No sé si el huracán el rayo, tal vez algún gusano, tronchó aquel hermoso pino del viejo pinar.

Las ramas que le quedan, tienen el pálido verdor de una esperanza a medio vivir.

Ese pino tiene alma. Muchos niños la han visto, y algunos viejos la han visto también.

En las espirituales noches de luna, la ven surgir de la quemada herida del árbol, como una exhalación fosforescente que figura una forma humana con las manos juntas en alto, en actitud de doliente imploración. Y los perros aúllan, y se santigua el guarda del pinar.

Es la esencia de la vida que se queja de dolor. Es la imploración del amor que quiere vivir. Es el limbo blanco de un sentimiento que pena su inocencia.

Es el alma del pino, roto. Alma de árbol. Alma de esos seres de vejez alternadas de juventudes, que en los inviernos se encanecen de nieves y en las primaveras resplandecen de verdor.

Alma que se difunde en la fragancia y se cristaliza en la resina.

Alma del gajo y de la semilla. Alma tenaz que nace donde se la entierra, y alumbrá tentáculos de vida donde le hirió la muerte.

Alma de fortaleza y de bien. Alma que es plácida frescura en el follaje rumoroso, mecido por las brisas del estío, y candente verbo de amor en .la lengua de fuego que tarde en el hogar.

Alma sacramentada en el madero de la cruz. Alma glorificada en el incienso del altar.

Rústica alma de perro. Alma que prende en los retazos. Alma que no abandona. Alma que muere junto al corazón.

XV

VIRGENES MADRES

LA HERMANA

Heroica doncella que quitó su carcaj a Cupido, para defender de faunos la fortaleza del hogar.

Fuente de vida, cerrada al imperio de la raza por herméticos botones de azucenas.

Manantial de amor, descubierta a los sentimientos de fraternidad, por albas explosiones de ternura.

Virgen hacendosa. Belleza honesta. Marta divina, madre hermana de Lázaros y Magdalenas.

LA TIA

Madre de puro afecto que concibe hijos en el corazón.

Madre de seno virgen, que con la hebra sedeña del cariño, borda en la tela blanca de su pureza, blancos relieves de senos henchidos de ternura.

Virgen obrera, madre de mieles, esterilidad fecunda para el bien.

Mujer fuerte. Virgen del espíritu de la especie. Madre de la conciencia del deber. Madre del sacrificio del amor.

LA RELIGIOSA

Madre del asilo. Madre de huérfanos y mendigos. Madre abrigo. Madre enseñanza.

Madre espíritu, que revela el corazón de la madre oprobiosa o desvalida. Virgen madre de los miserables sin madre.

Virgen esposa de Cristo.

Madre redentora.

Madre de sangre celeste.

Madre de senos de luz.

XVI

MOTIVO BLANCO

La blancura es la concentración de la nitidez. El blanco no es un color: es una nobleza de forma. No parece que fuera sino la idea inmediata de la virtud y la nota peculiar de la belleza.

La blancura es la luz íntegra de la alianza de todos los colores, y su unidad no se presta a reclamo de pasiones banderizas, y si alguna vez se la alza como enseña es para expresar la paz, que es la paloma blanca del hogar, y el águila blanca del imperio de los blancos sentimientos de humanidad.

La pureza es blanca. Blanca es la inocencia.

La blancura es una perfección de la Naturaleza y un don de la cultura.

La Naturaleza cuando quiere distinguir una raza, la hace blanca; cuando quiere embellecer más una flor, la hace blanca; y cuando quiere enrarecer un animal, lo hace blanco.

La blancura tiene sus mundos blancos: las estrellas; sus montes blancos: los nevados; sus torrentes blancos: las cataratas; y sus madejas y sus encajes blancos: las nubes y las olas.

La garza marquesa, el regío armiño, el cisne caballero, son la blanca fauna de blanca ejecutoria de nobleza.

Los azahares, los mirtos y las azucenas, forman la blanca flora simbólica de blancos conceptos de blancura.

El honor es blanco porque es foco de luz blanca.

La delicadez es blanca, blanca, porque es una blanca religiosa de hábito blanco.

La pulcritud es el tema blanco del esmero de la blancura.

La Cultura es un hada blanca que idealiza nuestra vida, con las prendas blancas de humanas y divinas blancuras. Viste de blanco el ídolo del amor que entrega a nuestros deseos, y amortaja de blanco el cuerpo de la virgen, en que la muerte eterniza la blancura. Y en la blancura de las fibras de los trigales celestes; en la blancura de las hebras del lino, nos da las más humanas blancuras: la blancura con espíritu, de pan del mantel y la blancura con alma de sueño de las sábanas.

Y aún nos da otra blancura de espíritu de pan más elevado y de alma de sueños más bellos: la blancura del papel, mantel de vida espiritual, sábana gloriosa en que reposa el pensamiento.

Y como si blancuras tan eximias no fueran bastantes a idealizar su belleza, la blanca luz del sol nos da la suprema blancura de la sutil alma de la vida.

XVII

MADRECITA

Ha despertado el nenito.

Ha llorado el pequeñín; pero sólo ella le ha oído llorar.

La niña se acerca a la cuna de cartón, en que reposa la criatura de pasta.

—¿Por qué lloras, encanto? ¿Tienes hambre, amorcito? ¿Quieres mamar?

Y se desabrocha la blusita de encajes, y aproxima la pintada boca del muñeco al blanco lino, donde ella finge tener pechos de madre. Y le da su vida: la vida de su inocencia.

Y ella, sólo ella, le ve sonreír.

En el cuerpo de la niña, que aún tiene la asexualidad del ángel, ya hay espíritu de mujer.

Los hijos de juguete, son hijos del presentimiento.

Las madres de muñecos tienen los pechos de esperanza.

XVIII

PASTORAL

A Julio C. Patiño.

Desde un sitio dominante de la cantilada peñería del monte que abriga al valle, contemplo la llanura que se entristece con la pobreza de la luz del atardecer.

Crece la neblina del humo de los chociles, se ensombrecen los rastros, se oscurecen los verdales, y con menudeo de balidos, apiñando sus vellones en el sendero, vuelve la majada al redil.

Tras la hacienda caminante van dos canes distintos: el pastor y el perro, y un solo dios verdadero: el amor a los animales.

Lejos de la riqueza de vanidades que vive en la farsa molesta de las grandezas convencionales, el pastor: el paciente peregrino con su burdo y raído abrigo, es el pobre de espíritu, opulento de sí mismo, que vive la sencilla felicidad de la tierra, con su rústica ilusión de durazno en flor, con su generoso corazón de arroyo, y su clara alma de sol.

Como sombra le sigue el perro, que bajo la mísera pelleja de su hábito de perro, lleva en el corazón el emblema palpitante de su nobleza, como un sangriento lis, en el campo blanco de su amor sin pensamiento.

La esmeralda del regadío engastada en el oro otoñal, se decolora y acaba por desaparecer en la creciente ascensión de las sombras. La oscuridad se aprieta, y como en el seno de una meditación, el campo se sumerge en el sosiego de la noche.

En el cielo vibra una estrella y en la tierra brilla Una lucecilla: una estrellita muy baja, muy humilde —más grande en la vida y en amor que la alta estrella de la desierta inmensidad—, la estrellita de la candela del hogar.

Y sobre el negro pedestal del mundo oscurecido, se destaca como una nueva claridad, la imagen del divino pastor --el hermano Jesucristo--, que se difunde en el cielo, velando hasta el amanecer el rebaño rutilante de su blanca hacienda de luz.

XIX

CORAZON

Cerebro del amor: yo pienso que tu espíritu de nobleza es más elevado que el espíritu de la razón.

Cumplido caballero de la Vida, que defiendes hasta tu último latido. Genio del bien. Espíritu bueno. Corazón del hombre, tú eres el alma de la Humanidad.

Cuando veo las penas de los niños pobres y las torturas de los miserables desvalidos, y siento como si las estuviera sufriendo las crueldades del Destino y las impunidades del dolor, luchan en mi ser interior el orgullo de la bestia y la nobleza de la criatura, el hombre y la Humanidad, la ola de la culta ternura pugna por estallar, y la valla de la bruta dureza que se quiere Imponer.

Entonces —¡oh Dios!— yo te siento en mi garganta, defendiendo la delicada esencia de mi naturaleza contra las rudas razones del interés, y al fin vences y hablas, y mi pecho se desahoga en un sollozo, y mis ojos humedecidos dicen la belleza de sus ternuras.

Y comprendo que en mi alma no están más que la presunción de tus destellos y la imagen de tu visión; que el infinito y la eternidad no son más que tu sombra y tu nombre, y que el lugar de tu verdadera presencia está en mi corazón: hoguera del sentimiento humano, fuente viva del puro amor.

XX

FLORES DE INVIERNO

VIOLETAS BLANCAS

Blancos motivos de la gracia, copitos blancos de la sal de cristianar, que ponen en la boca de los nenitos, los dómnes de la casa, de la blanca casa del Señor.

Blancas rositas, de las cuentas de un blanco rosario, en que las blancas rosas religiosas, cuentan avemarías.

CANAS

Blancas hebras venerables de las vidas que se acercan a Dios.

Blancas cenizas del negro misterio.

Pavesas blancas de la rubia ilusión.

Blancas confesiones de miserias, tristezas y años.

Candores de la tarde, canto de cisnes al morir.

NIÑO DIOS

Flor de redención nacida en la noche blanca. Noche de nieves. Hábito blanco de la naturaleza cristiana. Condición virginal de las cosas del cielo.

Alumbramiento de la blancura. Parto de la azucena. Párbulo divino. Albo capullo de luz.

XXI

REVIVISCENCIA

Bíblica María de Magdala. Moderna Margarita Gautier.

Esencias de nardos y flores de camelia en cristales rajados y ánforas de alquiler.

Mujer estropeada por la bestia, si no fueron de tu alma las impurezas y lacras, si aún eres vivo espíritu en el cadáver de tu honradez: abandonado camino de los hombres, aún puedes servir de sendero a Dios.

Mundo muerto, aún puedes ser astro de luz apacible, como seno misterioso de una virgen claridad.

Despojos de la execración social, aún podéis asiros al leño del amor redentor. Para los ojos de Cristo todo cuerpo es transparente, la carne no existe. Su mirada se detiene sólo en los corazones, y si los encuentra sanos, aunque estén yertos, no quiere saber más. Para revivirlos con su bendición, le basta que contengan la ternura de una lágrima.

XXII

LO QUE ME DIJO EL CIELO

He penetrado en un barranco desde donde contemplo el desvanecimiento de las rosas con que tiñe las nubes la luz del sol poniente.

Me he ocultado del mundo para hablar con el cielo. Creo estar solo y que nadie escucha —tal vez algún espíritu silvestre, oculto en la fragancia del tomillo; acaso el buen Dios, discretamente escondido en el capullo de una larva...

Siento un arrobamiento que me sustrae el alma para diluirla en la inmensidad. No sé lo que pienso ni lo que quiero. Todo mi ser es un anhelo vago por infinito, y mi voluntad ha tomado forma de alas. Mi yo está tan lejos que no lo alcanzo con mi conciencia.

Escucho la augusta voz del silencio, y en su oración dulce y lenta, veo derramarse una lluvia de gemas que el verbo soberano, sembrando colores, echa a puñados sobre las nubes. Mis ojos contemplan las frases celestiales de la serenidad de la tarde. ¡Qué bellezas las que dice el cielo!

No son los sentidos con sus órganos propios los que perciben las sublimes impresiones. Es todo el ser que las ve o las escucha con el medio comunicativo de su esencia. Así es como los árboles oyen la luz y la fuente ve el canto del pájaro.

La noche empieza, las alas de los murciélagos y la conciencia de los malvados, comienzan a oscurecer el mundo, arrastrando las sombras con un ruido tenebroso, y la

palabra luminosa se ensordece en la inmensidad. Privada de las bellezas de la claridad azul, mi alma cae a la tierra.

Un lucero se define en el cielo, y parece que la noche abriera un ojo. Yo recobro mi humanidad, y vuelvo al poblado con mi fardo de cumplimientos para las gentes.

—¿ Qué os dijo el cielo?

La memoria no me sirve para ese recuerdo. Cualquier otro día os contaré lo que me dijo el cielo, cuando me lo recuerde la inspiración.

XXIII

ALMA DE FLOR

No sólo la mujer puede ser esposa. Cuando uno tiene besos en el alma y palabras en el corazón, puede unirse a la armonía, a la estrella, o a la flor.

Y así, una vez, fue mi esposa una rosa.

Fue en una mañana que me sorprendió su belleza en el jardín. Alta, plena, triunfal, era la reina del vergel.

Me acerqué a ella, y nos comunicamos en inefable beatitud, y sus pétalos y mi corazón se dijeron su sentir, en ese habla que no necesita hablar para decir el querer.

—¿ Quieres venir conmigo?

—Mi vida es tuya.

—¿Serás mi esposa?

—¿Acaso una rosa?

—No sólo la mujer; cuando el galán es un artista y la dama una rosa, se pueden unir en amor y en luz, el artista y la rosa.

La bella, inclinándose, aproxima sus pétalos a mi frente, y yo la besé con mi pensamiento. y mientras el mirlo de canto pluvioso, a lo alto del ramaje lanzaba sus notas de rocío, por entre mirtos y rosas yo llevé a mi rosa, a mi diosa, hasta un florero de cristal.

Y así fue mi esposa la rosa, y yo viví su esencia y su belleza, y ella mi ternura y mi ilusión.

Luego se marchitó, se extinguió su belleza, y se murió.

Envolví el pálido rosa de sus pétalos secos en un papel de lino, ceñí mi pequeña encomienda para el limbo maternal del seno de la tierra, con una cinta de seda azul, anudándola en forma de cruz. Y la puse sobre mi mesa de noche, y la velé con la apacible ternura de la blanca viudez del rayo de luna. Y muy de mañana, cuando el mirlo apuraba en el huerto vecino el concierto de otro amor, me fui al jardín, y cavé, y allí enterré a mi muerta, debajo de un helecho. Un moscardón dijo su responso. Las rosas amigas derramaron rocío, y yo sentí olor de rosa. Era su alma. Alma simple. Alma pura. Alma de flor, más cierta que alma de mujer.

XXIV

ORQUIDEAS

Fantásticas mariposas, posadas en la vía excelsa del tronco de los árboles gigantes.

Cuerpos selectos, que en su aspiración de cielo, siguen el camino de la oración.

La más delicada concepción de la vida. Creación del más alto idealismo de la Naturaleza.

Plantas, donde las alas, las palmas y los cristos. Cuerpos gloriosos. Blancas palomas inmutables. Aéreos cisnes del éter.

Planta diosa. Planta que se crucifica de perfección, para darnos desde la altura del leño la comunión de su belleza.

Planta que no medra en la tierra. Planta que vive de la ternura del rocío y de las sustancias de la luz.

El aéreo prendido de sus níveas raíces, es la espiritualidad de su vida de perfección; sus bulbos son las ánforas de las esencias de la virtud, y sus flores, las imágenes de las divinidades de la pureza.

Bulbos clorófilos. Vasos de flores etéreas.

Nitidez de carne ideal. Ascensión de materia gloriosa.

Cuerpos de almas divinas. Orquídeas: vírgenes cristianas.

Gracia plena.

Ave carísimas.

XXV

AZUCENA

Blanca campanita con badajo amarillo.

Alegre campanita que se agita, presurosa, con plácido dondoneo, en la misa de gloria que cantan los mirtos y dice el azahar.

Helada campanita del monasterio, qué lenta y triste llama a la oración mañanera de la mujer que refugia su amor en Dios.

Blanca campanita que cuando muere la doncella, se transforma en cirio, cuya lengua ya no es badajo amarillo que tañe en la tierra, sino llama azul que se va al cielo.

Campanita de plata, que pregona la inocencia. Badajo de oro que canta la pureza.

Blanca campanita que se hace santa de amor cuando baja honestamente de su torre de marfil a la bendición del altar.

Delicada campanita de la castidad cuyo timbre es el honor.

Blanca campanita que tiene por campanario el alma y por campanero el corazón.

COPO DE NIEVE

Copo de nieve, flor abuela, abuela de las flores.

Abuela: madre de cabeza blanca, como un copo de nieve. Flor blanca del cariño de los niños, flor decorativa del jardín de los recuerdos.

Blanco final de esas dos blancuras entre las que empieza y acaba la mujer: la virginal blancura de la azucena, y la virgen blancura del copo de nieve.

Madre: volcán de amor que la nieve de los años apaga y virginiza; al florecer de la primavera de tus primaveras, te sientes nuevamente madre, pero ya te falta el fuego del amor de los amores.

Más no importa que el tiempo haya cambiado la melodía del nombre de madre, por la palabra hueca del título de abuela. Ya no necesitas títulos de nobleza, porque ya gozas de abolengo de santidad.

La corona de estambres de oro de tu edad de rosa, ya pasó a lucir en las sienes de tu hija; pero no es menos hermosa tu corona de hilos de plata, que te asemeja a un copo de nieve.

MADRE SELVA

Pálidos cirios seráficos, con que las madres religiosas del claustro selvático, alumbran su perfumada oración.

Áureos clarines floridos, que rompen el aire con las armonías de su fragancia, anunciando la presencia de las bellas princesas del oscuro romántico castillo, de la vera del jardín.

Madreselvas: mujeres que aman en esencia, señoras que saben de caridad, que guardan segura miel para la abejilla menestral y abrigan en su seno a los desnudos hijos del gorrión.

Madreselva: nombre en que se abrazan dos bellezas: el sentimiento del perfume y el perfume del sentimiento.

Selva: armonía primitiva, bondad natural, belleza sin arte, moral sin preceptos.

Madre: ser único del afecto puro, del sacrificio sin gloria, del amor sin interés.

Selva: almas que se disipan en la penumbra; corazones que se consumen en el misterio: amor del silencio.

Madre: anhelos guardados en el blanco corpiño de la veste; congojas ocultas en el negro manto de la Dolorosa: silencio del amor.

Madreselva, conjunto de dos madres: la selva, madre de los árboles, y la madre selva de amores.

MILAGRO NATURAL

Era una vieja campesina que se esforzaba trabajando para no pedir limosna. Su única compañera, la desventurada niña, había muerto al dar a luz el fruto de un amor bestial y ratero.

La criatura, ávida de vida, como el muérdago al muro se prendía a las miserias de su flaco destino.

La abuela hacía prodigios de industria para conseguir la leche que faltaba para la crianza, y para distraer la tierna voracidad del niño, se acordó que llevaba en su seno las momias de dos bellezas gemelas, que fueron ingenuas opulencias maternas, allá en su juventud. Y las habilitó como un falso biberón haciendo de ellas una especie de pechos muñecos, algo así como nubes de trapo, para alentar con la ilusión de la ternura ese cultivo de vida en seco.

Pero como no es estéril ni el engaño en el seno del amor, parecía que la sangre volvía a calentar los escuálidos senos de la abuela, que sentía con arrobamiento como un efluvio de radiante vitalidad, que le volvía la gracia de una inefable emoción.

Era el proceso del milagro natural, el suave esfuerzo de la Naturaleza que, a través de sus leyes inmutables, acudía al punto del sacrificio a realizar el prodigio de hinchar de lozanía, al aliento de tierna existencia, los pétalos secos de la rosa de Jericó.

Y pasando del sufrimiento de la paciente bondad al deleite de la fecunda ternura, un día, con dichoso asombro de madre primeriza, la anciana vio que de sus hinchados senos oprimidos por las diminutas manos de la criatura, brotaba una gota de leche, cual brotara una perla de las cisuras de un botón de tuberosa.

Y la pobre vieja ocultó con rubor el secreto de su nueva fecundidad, porque se habría reído la gente tonta de ese milagro de la ternura. Milagro de la fe ciega que tiene en la Naturaleza la resolución de vivir. Milagro de la física piedad de la tierra, que para la sed y las fatigas del hombre pone vena de agua en la dura aridez del desierto, y para el hambre del niño, células obreras de la blanca miel de la vida en las ruinas de un jardín de amor.

LECCION DE AMOR

Aquella fue una compra de ocasión. Un afligido labriego, a quien traía apurado el mal año, quería vender una vaca con cría, bastante estropeada y flaca. No la necesitábamos; pero no era para indiferencia la suplicante insistencia con que nos la ofrecía su dueño.

La compramos, y pasó al corral de la hacienda donde con el empeño de reponerla, le dispusimos mullida cama bajo abrigado techo. Ella, por su parte, contribuía a nuestro propósito con mansedumbre y docilidad.

De día se la bañaba, amarrándola luego en el prado de tréboles o al alcance del pasto virgen de las veredas del huerto, y de noche se la colmaba de fragante heno.

La pobre bestia comía hasta que le desobedecían de cansancio las quijadas, y entonces se quedaba con el pienso en la boca, para continuar moliendo cuando le volvieran las fuerzas. Era el desquite de sus pasadas hambres.

Y el ternero no dejaba un momento de succionar, golpeando torpemente las ubres de su madre.

En gracia de su humana nobleza, la vaca llevó el florido y familiar nombre de Rosa Juana, y a guisa de collar una ancha guarnición de cuero, de la que colgaba un dorado cencerro pintado de un ramito de flores de violeta. También cristianamos al ternero, dándole por santo el agrícola San Antón.

Si hubo vida de regalía y holganza, fue la de Rosa Juana; nuestra compasión trocada en mimo, de su clase de estropeada vaca labriega, la elevó al rango de distinguida matrona de establo.

Así nuestras buenas relaciones con vaca Juana, un día desapareció, sin dejar rastro. Se la buscó sin alcanzar noticia, en la huerta, en las caballerizas y en los campos circunvecinos. Para que se hubiera dicho que su desaparición obedecía a avispeos primaverales, no había toro buen mozo, joven ni viejo, ni becerro tempranillo, en toda la vecindad.

Ni con prima ofrecida a pregón y en privado, ni con rancias amonestaciones a sospechosos de culpa, ni con cebo tentador para ratas matreras, se consiguió saber nada.

¿Qué mala pécora habría cargado con la santa hembra? ¿Dónde la irían a vender?

—Con piadosa esperanza, dijimos orando por ella: Dios la libre de mataderos clandestinos o de nuevas privaciones, hambres y maltratos.

Habíamos perdido la esperanza de ver más a nuestra malaventurada amiga, cuando se presentó su antiguo dueño a darnos aviso de que la vaca y su cría habían aparecido a la puerta del corral de su rancho.

Nadie la había llevado. Aprovechando un descuido se había ido silenciosa y tranquilamente, por su propia voluntad, allí donde no tenía que comer, donde el sereno le escarchaba los lomos, donde su lecho era de estiércol y barro, donde se le esquilmba la leche hasta hacerle sangrar las entrañas.

La regresaron, y cuando llegó tranquila e indiferente, fijas en el camino las grandes noches de sus ojos misteriosos, al verla pasar sin curarse de mi presencia, yo, picado de resentimiento, la llamé: Vaca mentecata...

Yo sólo había pensado en la bestia, no en la maestra. Y un día que se me escapó un suspiro del penar de no sufrir de amor, dije a mi corazón: Anda con Dios, vaca bermeja que rumias dentro de mi pecho, y haz de tu fibra sentimiento y de tu vida esencia, sin curarte del mundo mentecato.

XXX

LOBA CAPITOLINA

La dura, la canina, la de fauces tenebrosas, la de rastro sangriento. La bestia cuyas ferocidades, que cuenta la abuela, enloquece de miedo al niño. La artera, la dañina, cuya imagen quita el sueño al pastor y siembra el espanto en el redil. La loba fatal que criaba aquella vez, y husmeando iba una víctima para su hambre, encontró en su camino el exquisito regalo que de dos párvulos le hiciera otra loba, loba ciudadana, más cruel y temeraria que la loba salvaje: la fiereza humana de la ambición del poder.

La loba montaraz, ante la santa belleza, sintió piedad de amor, religión de vida, y se desobedeció a sí misma para obedecer a la inescrutable fuerza del bien, y en lugar de hacer

fácil presa en la tierna invalidez, se entregó a ella, prodigándole en su leche de loba la flor melífera de su espinosa carne.

Así la hambrienta felina, abrevando en la fuente del amor que le dieron a cegar, comulgó con la Humanidad, prestando su sangre a la vida del pensamiento. Y esta noble hazaña, más grande que la del más bravo legionario, la subió sobre un pedestal en el Capitolio, y al destacarse en el azul del cielo romano, su figura fue ánfora de la idea, en que se vertió el concepto de madre augusta.

Allí su imagen no representa la belleza sensual de las cosas bellas. Tiene la belleza profunda de las cosas buenas.

No idealiza el valor ni el talento. No es cumbre ni elemento humano. Es manantial divino.

Loba inmortal que ha pasado al símbolo, cobrando para sus formas bronce: carne de héroes.

Hembra de la ubre sonora. Arpa eolia de metal de campanas y clarines, que al roce del tiempo modula sinfonías de áureas triunfales.

Bestia que está a la altura de una diosa; no porque sus duras entrañas alimentaron vena de guerreros y legisladores, sino porque su insólita ternura elevó el sentimiento de la bondad instintiva a la perfección del amor a los miserables.

XXXI

LA ABEJA

Virgencita aldeana, que va de fantasía con refajo de terciopelo y alas de tul.

Rauda navecilla que surca veloz el mar ambiente, por los puntos ideales de un camino imaginario, tomando carga de ricos materiales en los puertos aéreos de la flor.

Experta rutinaria. Exploradora de prados y jardines. Maestra de la geografía de las flores.

Religiosa de góticas abadías. Defensora de señoríos de encantadas ciudadelas.

Esgrimista del ardiente estilete fórmico con que cura sus mieles y castiga las ofensas.

Urdimbre de la inteligencia orgánica del instinto. Célula del cerebro de la colmena.

Genio silvestre, del espíritu de la previsión y del ahorro. Obrera de la miel hiblea y de la cera seráfica.

Moralista sin códigos. Laborera en la oscuridad, cuyas obras nos dicen: "Mal haya la lengua mentirosa para cifrar el bien; que ni la luz se precisa para la buena obra, porque el empeño es mudo y nictálope el querer".

Apiladora de oro nectarino para su reina, para sus larvas, y para su zángano honorario: el mercantilista rey de la creación.

Abeja: hermana de las ideas, abejas del pensamiento que recogen la gracia de la belleza para hacer miel de luz.

Humanidad, vieja sibila, tú que lees en tan grandes libros, acerca tu oído a .la colmena que suena como una caja de música de alas. "¿Oyes?" "¿Entiendes el alma de la abeja?" "¿Percibes en ese rumor del instinto la revelación del edificador y generoso socialismo de la Naturaleza?"

XXXII

EL GUSANO DE SEDA

La seda, filamento diamantino con que se hacen telas que imitan las ondulaciones de las aguas de los remansos y los tersos orientes de la perla, diríase gema hilada por gnomos orfebres; pero esta vez no son los genios buenos de los cuentos de niños los que realizan el sueño. Es un gusano, el Homero de la materia, que canta ese poema del hilo; es labor de su inerme miseria la que enriquece de belleza el mundo.

Es una vida débil, pero que no sólo sirve para reproducir su flaqueza, sino para sacar de ella la coyuntura de una hebra de consistencia épica.

Es la visionaria inquietud de un gusano **virtuoso** que concibe en el letargo de su inspiración, el bien al que consagra toda su efímera existencia.

El gusano de seda es el Bruno de la santidad de la perfección. Es el gusano cartujo del Sister de la belleza, que en el efluvio del desprendimiento de sí mismo, se amortaja con el hábito de su virtud, enterrándose en su capullo como en un nimbo generado por la aureola de su santidad.

El día para él no tiene sol, ni la noche oscuridad; a la luz de la lamparilla de su **único pensamiento** toda su vida es un desvelo. Su amor no es la mentira del amor por la pasión del interés, ni el objeto de su empeño lucir en el ruidoso escenario. Su virtud ingénita, su oración orgánica, es realizar el milagro de la transformación de la vida de su cuerpo en el cuerpo de la vida de su idea.

Los genios: espíritus de creación, semejantes al gusano idealista que comulga su ensueño en la hoja de la morera, son virtuosos del bien, que profesan el hábito del propio sacrificio, y orando la perfección, arrancan de las asperezas de la miseria de su vida el lujo de la gloria de la Humanidad.

XXXIII

ANGELITO

Este angelito no es una imagen del niño con alas de pájaro. No es una piadosa mistificación de especies. No tiene nada de los divinos angelitos, con nostalgia de cielo, que pintaba Rafael al pie de sus madonas, ni de aquellos otros adobados de oro y carmín de la gruesa escultura de los retablos de las iglesias antiguas.

No es el cuerpo glorioso de un enviado celeste en misión extraordinaria; es un estante y habitante de la tierra con menester y funciones ordinarias.

Este angelito es un pollito, de patitas rosadas y pico ambarino. Angelito de forma ovoidea, que lleva los rudimentos de alas propias de su especie, perdidas en la blancura mate del vestido con que se desprendió del cascarón.

Es una figulina viviente, que anda buscando briznas por el suelo.

Como es el único que se ha librado de morir a las torpezas de una mala clueca, lo criamos a mano. En horas de frío dormita en una canasta, cobijado por un retazo de manta

calentada al sol. Cuando se le encierra en el hueco de la mano, se aquieta, creyéndose abrigado por pechuga de gallina.

Hijo adoptivo de la gente, corre tras ella, persiguiéndole el bulto que, para él, tiene la forma imprecisa de una madre fantástica.

Es un pollito, un vulgar pollito, que no tiene más atractivo que la gracia, y con eso tiene bastante para embellecer la vida.

No es más que una encarnación de yema, espiritualizada por un ápice de nuestra ternura, que es la creadora del ángel y de Dios.

Criatura mísera e inexpressiva —así fuera un monstruo—, a la que nuestro momento afectivo presta la belleza del alma, y envuelve en la lujosa púrpura del corazón.

XXXIV

BARQUITAS DE PAPEL

A la hora del recreo la maestra enseña a los niños a jugar con barquitas de papel.

Echada al estanque la ligera armadura, la impulsa con un soplo su armador. La barquilla se desliza en la límpida planicie, provocando las sonrisas de las leves ondas del agua.

Jugando así, la maestra enseña a los niños a pensar y querer, a sembrar las grandezas del porvenir.

Bien que es nimio; pero es superior el material. En el inconsistente elemento de la opinión, el papel: madera en que se sostiene la idea, es el material de la flota del pensamiento.

Las barquitas de papel: esperanzas veleras, vapores de ilusión, son débiles principios de fuerzas poderosas, pequeñas semillas de colosos de verdad.

El estanque es el horizonte de la esperanza del niño, que crecerá hasta la inmensidad, y el aliento de la maestra, el impulso de la creciente fuerza del saber, que hendiendo las muecas de la mar enfurecida, sacará airosa la nave entre los rizos de espuma de la deshecha tempestad.

XXXV

LAS PERLAS DE LA NUBE

La nube estaba dormida con la cabeza apoyada en la cima del monte. En su falda vaporosa se percibía algo como una porción de perlas.

Yo era un pastorcillo que apacentaba su rebaño en los pastos floridos de un bajío. Me tentó el deseo de saber lo que guardaba en su regazo la nube.

Junté mis ovejas y las puse al abrigo de la encañada, encargando al perro mi compañero que las cuidara, y emprendí la ascensión a la montaña, y mi anhelante y fatigosa carrera fue larga y escabrosa.

Cuando llegué a la cima, la nube dormía con el sosiego de un niño. Cauteloso, me acerqué a tocar su falda, más nítida que el hielo de las vertientes congeladas, y busqué las

que como perlas había visto, y eran perlas en verdad, tan hermosas que sólo dos habrían valido el tesoro de un sultán.

Las quise coger, mas cuán difícil me fue tomarlas. Al contacto de mis manos, sutiles escapaban a mi afán.

El cielo comenzaba a oscurecerse, y me pareció que la nube se estremecía de frío y podía despertar. Para sosegarme dando calma a mi antojo, aproximé mis labios a las perlas para besarlas, y sentí una dulzura inefable, y anhelosamente las aspiré, y las perlas desaparecieron en mí.

Las perlas se me subieron a la cabeza, y embriagado de bellezas, descendí de la cumbre, insensible a los rigores de la Naturaleza, que parecía castigar mi locura.

Desde que regresé de mi aventura, parezco otro. Ya no veo lo que miro, porque lo que veo sin mirar son cielos y paisajes en los suaves colores que irisan los orientes de mis perlas.

Y mientras vivo como un ciego que sólo ve en su alma, sin la vigilancia que la retenía, mi hacienda ha desaparecido, y el buen perro mi compañero sucumbió sin socorro luchando contra el daño. El lobo vive en paz con mi presencia y los cuervos indiferentes me miran.

A veces me digo: "Acaso habría sido mejor no saber de bellezas"; pero al mismo tiempo soy dichoso de sentir las.

Busco lugares apartados para cantar mis amores y voy dando mi alma a las breñas y mi sangre a los zarzales.

La sombra de árbol armonioso me protege del sol, que me hiere porque no soy señor ni quiero ser gañán. Una estrella me recuerda el pasado, y me parece la luna hermana de mis penas.

Algunos labriegos me compadecen, y yo digo dentro de mí: "¡Si supieran estos desgraciados que yo tengo las perlas de la nube!"... Así van los días y vienen los años, y he perdido todo, y todos me creen un mendigo porque no saben lo que yo llevo en el alma.

Los corazones de mendrugo son dueños de la riqueza de la tierra, y las almas de cántaro se llenan del oro de la piedad, y yo vivo borracho de visiones, y mi vida es triste, porque el pensar es la pena del que robó algo al cielo.

XXXVI

HERMANO PERRO

Hermano perro: eres una bendición pendiente de las genialidades del hombre, eres la Virtud con dueño, eres la moral rebajada, eres una prenda de Dios empeñada en un hueso.

El vulgo, que desprecia todo lo que no presume orgullo, ha dado a tu nombre el significado de la bajeza. Y eres digno de una idea superior, y el concepto de la canalla te ofende.

Al ti, perro, que eres fiel y constante; a ti, que no sabes de mentiras ni de traición, te llaman perro, y eres un caballero. Tú no conoces el interés, tú no meditas el mal, y al hombre que traiciona y al hombre mezquino le llaman perro.

Tú sigues al hombre sin tentar fortuna, sin esperar favor. Le sigues porque le debes el ser su perro, porque te permite tener dueño.

La voluntad de tu amo, a claustro de cadena, te hace religioso del odio, y cuando ese odio le enfada, tú te humillas pidiéndole perdón por el mal que te enseña.

Bondadoso perro: estás lejos de ser un hombre, pero casi eres un ángel. Tu alma niña no pasa del candor de la infancia, tu fuerte corazón es dulce como el del lobo.

Tu valor sin reservas es la presencia de un alma pura, expuesta sin fueros de conciencia. Tu lengua, que crece en el cansancio, es un desahogo de la grandeza de tu corazón, que palpita a la vista.

Tu mayor nobleza corresponde a tu mayor tamaño. Un perro grande es la bondad proporcional a un hombrón de bien.

La moral divina, enseñando en la cruz la resistencia de tu carne, llevó la fortaleza de su humildad a la gloria, y la divina poesía elevó tu miseria al trono de la belleza, dando al poeta tu sangre pobre y soñadora, de bohemio sentimental iniciado en los sortilegios de la luna.

El irracional es por naturaleza destructor y libertario, y tú eres el único animal que se apega al hombre para servirlo con bravo carácter de vigilancia del bien ajeno. Eres como la espiga del trigo, que en la tosca aspereza de su hábito rústico guarda rica bondad, arrancada a la flaca tierra del erial, y en tu canina naturaleza, de un modo espontáneo, florecen los buenos instintos, como los árboles de tarco en las áridas serranías.

Hermano perro: mi apóstrofe no es para cualquier perro. No es para el perro de deportes, ni para el de lujo, ni para el de sangre alquitara en instinto de crueldad. No es para el mimado perrillo de salón, que suplanta a la flor y al niño en la tierna solicitud de la dama. Es para el perro guardián, es para el perro servidor.

A ti, que, con el alma clara de tus claros ojos, dices palabras vírgenes del comercio de los hombres. A ti, que, en la melancólica dulzura con que arrimas tu cara, como un bálsamo de amor, al cuerpo del ser dolorido, revelas más alma que un poco de sabiduría. A ti, que, en la espontaneidad con que socorres al desgraciado, tienes más humanidad que la humanidad misma.

A ti, perro salvador, que sacas al náufrago desfallecido de las aguas que dominan, como si alguna ondina fuera tu madre.

A ti, perro, cruzado de la roja insignia, que, para avisar al socorro, husmeas la sangre de los moribundos Abeles, vertida por la gloriosa estirpe de Caín.

A ti, perro amigo, compañero del sacrificio del pobre, que prefieres vivir miserias y arrastrar flaquezas antes que abandonar al único ser que para ti es señor, aunque sea un mendigo que se muere de hambre.

A ti, perro familiar, que, con bondad y mansedumbre de santo, pareces sentir los dones del alma en la paciencia con que toleras a los niños que te estropean en sus juegos.

A ti, noble fiera, que, encarnando la bravura de la puna, guardas, como si se tratara del tesoro del mundo, la choza del paria.

A ti, perro pastor, rústico prelado montañés, que amas el alma del rebaño y en cada oveja cuidas una parte del cuerpo de tu ideal esposa, sin desear su carne, sin defenderla para ti.

A ti, perro, auxilio del caminante en los montes nevados, que semejas un Vicente de Paúl disimulado en pieles.

A ti, perro, providencia de la vida glacial, que eres en las nieves como un pedazo de la sombra del seráfico de Asís.

A ti, sencillo idealista, sometido a la follona grosería. A ti, can quijote de Sancho el caballero.

A ti, bestia cristiana, grande en nobleza, en valor y en perro, es a ti a quien yo hablo y llamo con amor: "Hermano perro".

XXXVII

EL PADRE GUSANO

Cuando se extingue el calor y se apaga el pensamiento y la materia inerte vuelve al seno de la tierra, la madre virtual, al recibir al muerto, concibe nuevas existencias y manifiesta en sus promontorios embarazados de cadáveres la curva sagrada del templo de la vida.

Entonces comienza el gusano, el sacerdote de la palingenesia, el sol de las entrañas de la tierra, que calienta y alumbra el mundo del átomo y disipando la nube de los gases deletéreos, proyecta el iris de la vena cristalina.

Devora la entraña pestosa, evoca la gracia del ser y musita la plegaria del pétalo o de la epidermis.

La materia caótica recibe en el vientre de la hembra planetaria la unción de los espíritus esenciales, que dan a la célula la virtud de hábitos o instintos.

La miserias fisiológicas, fundidas y purificadas en el gran crisol, se enorbitan en el sistema de las firmas, y astros mínimos, los átomos vibrantes, nuevamente difundidos en el cosmos, hinchan las simientes y dan ansiedad a los senos, y al estímulo del meteoro o a la influencia del astro, da a luz la hembra y brota el sembrado, y la vida proteiforme canta el plácido despertar de la Naturaleza, regenerada en el crisol de la muerte.

Y la nueva vida: la nueva virgen, fauna o flora, es, en la esencia de los principios, la materia inmortal que vive a través de la muerte.

Y el gusano: la crisálida de las tinieblas, el reptil de los osarios, es el ápice en que nace la conciencia. El vértice en que se abre la Humanidad. El alma de la renovación. El espíritu de los perfumes y de las sonrisas. El astro de la rotación de la' belleza. El fin del silencio de la disolución y el principio de las armonías de la vida. .

XXXVIII

ALMA MIA

Alma mía, señora mía, esposa mía; mi inseparable amiga, mi tierna confidente: es ya el invierno y las nieves blanquean el techo de nuestra vivienda y me siento cansado y extraño el calor de otros días.

La muerte se acerca, pero yo no temo los presagios de la sibila. No creo que en cuanto yo duerma el sueño grande, tú te vayas para siempre de mí. El universo es nuestro mundo, y en él tú no puedes vivir otra vida que la mía. Cuando yo muera, y tú, desprendiéndote de mí como la bendición de una cruz, seas como una sombra de santidad: en tu esencia imponderable, que no ocupa lugar ni tiene forma, seguirás viviendo en mí, al

habitar todos los lugares y difundirte en todas las cosas, en el seno de la comunión de los seres.

Los hechiceros de la filosofía, atribuyéndome la muerte como tara de cosa innoble, me dieron el nombre de materia, y hoy la maga ciencia obrera, asimilándome al éter, encuentra en mí el origen de la vida. Los místicos, desde la altura de sus contemplaciones, me figuran en mazmorras donde se encierran las almas, y la Verdad, con su propia elevación, me muestra como fuente de donde fluyen todos los espíritus.

Yo fui el cuerpo del judío que, crujiendo de dolor, sirvió de pedestal a la enorme figura de Cristo, y fui cátedra de los pensamientos de Sócrates y vaso de los sueños de Platón, y también fuí el perro obediente que resucitó en el cuerpo de Lázaro, y el humilde asno en que llegó a dar aldabazos a las puertas de la gloria el caballero Francisco.

Cuando yo me derrumbe, en mis oscuros escombros tú te perderás en mí, y si algo más que tu rastro en mi polvo podrá de ti sobrevivir a mi ruina sólo será la persistencia de la estela luminosa del cielo de tu actividad, la impresión de tus bondades en los corazones, tu feliz persistencia en la memoria: lazo de los destellos de tu esencia, que, a través de la muerte, fulgura en nuevas vidas.

Tu esencia no es propiamente tuya, es, infinitamente, espíritu de la Humanidad. Vanamente las presunciones metafísicas discuten sepárennos con un abismo de pretendidas bajezas, que no son más que las condiciones relativas de diferentes situaciones de una misma cosa. ¿No es el estiércol de los establos el que se transforma en las sutiles partículas del perfume de las flores? Las sustancias de la tierra, ¿no son pensamientos en el cerebro? El lodo, ¿no es el origen caótico de la planta? El aliento del pantano, ¿no es la gota prístina de la lluvia?

Alma mía, tú no eres una intrusa en mi ser: tú eres espíritu de mi materia; tus ideas son exhalación de mi fósforo, y tu voluntad, fuerza de mi hierro.

Alma mía, tú eres mía no sólo el momento de mi vida, sino todo el tiempo de la eternidad.

Alma mía, hija mía, gloria mía: ¡cuánta es la ternura de mi gratitud al ver hoy que mi cansancio no corresponde a tu actividad luminosa y mi precaria vejez contrasta con tu eterna juventud; de la aureola de mi orgullo, te has convertido en el báculo de mi humildad, y te veo resplandecer más que cuando te apoyabas radiante en mí, hoy que me sostienes con la tierna solicitud de una hija a su padre.

Tu lujo de reina y tus locuras de diosa nos enajenaron los favores de la fortuna, pero en la pobreza nos estrechamos más y fuimos más felices, y tú te sobrepusiste a las sombras contemplando el cielo desde tu torre de luz, y yo olvidé el mundo cultivando mis flores en mi jardín de piedad.

Alma mía, claridad amiga: tú no eres el fantasma del hondo misterio; tú eres la llama espiritual de mi encendido corazón, eres la tierna luz de mi lámpara de amor.

Alma mía, amada mía, santa mía: en vano quieren alejarte eternamente de mí; otra vez, tras el sueño de tu ausencia —que será nada, así dure siglos—, a tu retorno mi corazón despertará, y entre tanto, en el calor de la nube, en el brote de los árboles, en los élitros del insecto, será mi vida un ciego anhelo de belleza, mientras encontrar otra vez la luz de tu conciencia que me devuelva a la divina emoción de la claridad del bien.

**LAS HERMANAS
GOLONDRINAS**

Para Augusto Céspedes.

Era el caballero Francisco. El caballero .sin fantasía, el de la armadura de jerga, el descalzo caballero. Sin mancha de dolo, sin tacha de interés. Su Dios, un crucificado; su dama, la Humanidad.

El más valiente caballero: el caballero Francisco de Asís.

Era el campo, la montaña o el poblado, que lo mismo eran, todo campo para sus aventuras de pobreza, para sus heroísmos de caridad.

Con su palabra, que era flor, de piedad y manantial de amor, arengaba el buen caballero a timoratos escuderos, que tenían miedo al valor de ser humanos y a la hidalguía de ser buenos.

Escuchaban los neófitos como viejos niños, y el caballero les hablaba con candor propio a su inocencia de pecadores.

Posadas, no sé si en viejo alero, blanco campanario o agria breña, unas pizpiretas golondrinas oían también el ardoroso platicar, con notoria irreverencia y falta de seriedad. Inquietas y bulliciosas, cuchicheándose, decían: "Cuentos, cuentos. Locuras del buen señor".

El varón virtuoso, que había entendido a Dios y que ya había hablado con el lobo, tenía inteligencia con grandes y pequeños.

Oído el secreto, que no hay misterios para la luz, el caballero Francisco, que como santo era bueno y como caballero cortés, dirigiéndose a las bullanguerasavecillas; les habló de este modo: "Hermanas golondrinas: no es de hembras honestas insultar a un caballero; honrad mi palabra, tomad conmigo esta bendición que brindo a vuestra salud y servidas seáis de vuestro vuelo".

Las golondrinas hicieron unos pucheritos; inclinándose a la unción de la gracia, tomaron el retazo de bendición que les tocó por cabeza, se santiguaron con cualquier ala, que no saben dónde les cae la diestra, y se echaron a volar, a volar... bajito como el interés; a volar... altísimo como el amor.

Benditas las hermanas golondrinas. Son aves de paz; no riñen vida con el hombre, no dañan en el campo, no zorzalean en los huertos, no pican la uva, no roban miga al pan.

Son aves del cielo: patria infinita, donde la senda es ancha como su extensión azul, donde no se disputa el sitio, donde no tiene nombre el lugar.

Bien hayas, hermana golondrina, para decir al hombre: "Aspira al cielo; sea tu alma libre como mi vuelo, y tu vida como .la mía: honradez y paz".

XL

ORO DE LA TARDE

Las enamarillecidas hojas que perdieron el color de la esperanza y se desprenden del árbol con la palidez de la ilusión muerta son oro de la tarde.

Los maduros granos de las espigas y mazorcas de las sementeras que crujen al roce de las asperezas en que se tornaron sus lozanías, son oro de la tarde.

El gualda ardiente del encendido celaje es oro de la tarde con que el día sufraga el pomposo entierro del sol.

La palidez seráfica de los muertos es oro de la tarde con que se paga la miseria de las vanidades.

La resignación del padre, la piedad del anciano, son oro de la tarde.

El reposo, la reflexión, son oro de la tarde.

La sabiduría, la experiencia, son oro de las postrimerías de la vida, oro de la tarde.

Oro triste. Oro pobre. Humilde oro de la piedad y de la muerte. Oro del campo y del retiro. Oro del sabio y del labriego.

Oro ideal. Esencia de riquezas en que se desvanece, como un perfume, el oro de la ilusión.

Oro del silencio y de la calma. Oro de la paz augusta. Oro de mirífica montaña de la Serenidad.

XLI

ORACION FINAL

Madre Naturaleza, óyeme con la perspicua mudez del sentido óptimo de tu inconsciente sabiduría.

Cuando mi cuerpo vuelva a tu seno de tierra y con los despojos de mi vida nutras los gérmenes de otras existencias, transmíteme a la perfección, no me alejes del bien, no me separes de mi amada: la Belleza.

Guárdame de los vientres que se arrastran: no me hagas culebra. Líbrame de los vuelos execrables: que no me agite en sus alas bestiales el vampiro. No me pongas en el pigmento que jerarquiza las osamentas humanas. No me destines a los glóbulos rojos de los odres de la guerra.

Deposítame en las vesículas de la albura, disuelve mi polvo en la clorofila con que esmalta las frondas tu pincel de cristal.

En mi nueva vida, apártame del ritmo .de la sangre y conságrame a la silenciosa ascensión de la savia.

Madre Naturaleza: vuélveme árbol.

Y seré puro y bueno como esos seres imperturbables y sencillos, y como ellos sólo amaré la luz y no tendré otro deseo que el agua clara, y vistiéndome de mí mismo, miraré en mi corazón con mis ojos sin pupilas y en la silenciosa poesía del paisaje: **en vez de pensamientos daré flores.**

LA BONDAD DE LA POBREZA

"La pobreza es la poesía de la tierra". Este pensamiento, hermosamente sencillo, como una flor de trinitaria, es todo lo bello que puede decirse, en cuanto de arte divino tiene la pobreza; que por lo que respecta a ciencia humana, que da un tragal de oro, en que algo voy a espigar.

La pobreza es un delicado ministerio de virtudes. El pobre es el sacerdote de la vida. El alienta la santidad de la familia, y en la obra de fe de la confianza en sí mismo, en sus manos se materializa el pensamiento, y el esfuerzo que llevó a la tarea vuelve al hogar convertido en lumbre y pan.

En la pobreza, el hogar es más hogar, la alegría es más sana y el afecto es más sincero.

En la pobreza hay más verdad, más hombre y más Dios.

Por la ley del equilibrio, toda depresión comprime una fuerza y suscita una reacción; por eso, de las depresiones económicas emergen altos valores morales. No parece sino que la pobreza fuera un fuego sagrado que purifica el corazón y una sal bendita que da sabor a la sustancia espiritual.

La pobreza es la maestra austera del propio valer, que enseña al hombre a ser útil y bueno.

La pobreza es la escuela natural de la moral evangélica; donde se aprende la humana divinidad de la justicia y la divina nobleza de la humanidad.

La pobreza en sí no es un bien, como no lo es ningún trabajo cuando el decoro no lo hace honrado y la virtud feliz. La pobreza ha de oler a agua y ha de ser animada y limpia como una flor. Ha de ser una pobreza rica en lucimiento, como un vaso de linfa cristalina, en que la luz destella como un brillante en la limpidez del cristal.

La pobreza para realizar el ideal no ha menester frondosa abundancia ni apilonado material. ¿Qué más puede la economía adiposa de la riqueza que el cuerpo espiritual de la virtud? ¿Acaso el espejo para reproducir a fondo la complicada perspectiva de la Naturaleza, con una perfección confundible con la realidad, necesita más que una película de plata adherida a un cristal?

La pobreza es una fortuna de virtudes propias que tienen un valor más firme que el de los bienes prestados. El orden es el holgado campo de su estrechez, el ahorro es la milagrosa riqueza de su economía. Tiene su discreta elegancia en la amable sencillez y tiene también su lujo: la altivez de su dignidad.

Si puede haber orgullo legítimo es el de la honradez de la pobreza. Ella no ha de ser una esclava sumisa y obediente a la miseria, sino una pobreza altiva, consciente de sus valores y noble en sus empeños.

La pobreza es la ciencia de la felicidad de estar contento; es el arte de la riqueza de abastecerse con poco. La alegría, esa cascada luminosa de nuestra naturaleza, es el tesoro de su bondad. La delicadeza, nitidez del alma, es la belleza de su cuerpo espiritual, y la decencia, limpieza de los actos, el timbre de su nobleza de conciencia.

La pobreza, como todo lo noble y elevado, tiene su anhelo de perfección, su ideal. Ese anhelo ha de ser digno y humano sin los pueriles deseos de una satisfacción golosa ni rigorismos ascéticos deprimentes de la Naturaleza. En hondo y cristalino concepto, como lago de las cumbres en cuyo fondo la imagen del cielo se invierte en toda su capacidad, un tierno y tempestuoso pensador, con cuatro cosas del común de la vida, convertidas en ilusión, evocaba este cuadro de la más pura felicidad:

"Una casita bien soleada, unos arbolitos, el pan necesario para subsistir, una conciencia contenta y un corazón exento de vanidades, ¿qué más fortuna?"

El amor a la pobreza es la beatitud de la perfección del amor.

La pobreza voluntaria es un renunciamiento de doradas miserias, de que sólo es capaz el valor del santo o la grandeza del filósofo.

El que no ha visto la pobreza se ignora a sí mismo; vive la vida porque la vive, no porque la siente y la comprende.

Mientras la riqueza, bajo el cielo de bronce del hastío, es un otoño metálico de infecunda y dura amarillez; la pobreza es una primavera de ilusión en el ambiente de ternuras de la esperanza.

La puerta de la casa del pobre, sin rejas que apresan al que está fuera, sin libreas que sonrojan al humilde caballero, es franca y hospitalaria, y su mesa, que se disculpa de frugalidad, es óptima en espíritu de sana alegría.

La casa del pobre es para la amistad sombrero árbol de brazos abiertos, que ofrece grato refugio y dulces frutos de bondad, y para la memoria de los seres queridos, claustro de duelo en que se cierran con broches de lágrimas las flores de la vida.

La pobreza es templo de Minerva, es pórtico heleno. Su afable sociedad, atenta a la belleza y al saber, es el mundo del libro y de la flor, y su ambiente devoto, cordial a la inspiración, es campo de belleza espontánea en que la música es aire nativo y flor silvestre la poesía.

La pobreza es un estado de intensa ternura, que comunica su animación a lo más yerto y pone amor en lo más duro. Parece que el pobre fuera un mago en cuyas manos las cosas más vulgares se tornan en joyas.

En la casa del pobre los objetos parecen animados, y diríase que las cosas tienen alma. El cofrecillo es guardoso de cuenta propia. La lámpara tiene tradiciones de abuela y el espejo sabe de memoria el gesto de la familia.

Respecto al individuo, la riqueza es como el mar y la pobreza como el manantial. Aquélla, un soberbio estancamiento para una gota de bien, que hace de la satisfacción una miseria. Esta, un hilo, pura riqueza, que convierte la vida en tesoro.

La riqueza por sí no es odiosa ni el rico es un justo motivo de encono. Sin la riqueza no habría templo, ni gloria, ni aliento para la industria, ni favor para el arte. Si se es rico, pero "con la ciencia de ser noblemente pobre", si el rico es un filántropo que entiende que su palacio no ha de ser un espléndido nido de murciélagos, sino un regio hermano del asilo, de la escuela, del hospital; entonces la riqueza es la providencia en manos del hombre, entonces la bondad del rico es como esperanza de rocío para el yermo, y ante esa ternura de cielo no hay corazón, por bajo y plebeyo que sea, que no dé siquiera, como la hierba, una mezquina florecilla con su brizna de miel.

La pobreza es el estado natural del hombre. Todo lo que le ha precedido en la existencia; la planta, el gusano, el pájaro, son pobres y luchan por la vida con un entendimiento instintivo de obediencia al bien y un sentimiento inconsciente de amor a la belleza. El hombre es el único que ha desconcertado a la Naturaleza con sus tendencias de dominio y de poder.

Los pobres son las raíces de la Humanidad, que sostienen y alimentan la opulenta fronda de la vida social. Las flores del arte, los frutos de la cultura, son flores de su enterrado ingenio, son frutos de su esfuerzo en la oscuridad.

La pobreza es un sentimiento fecundo. Es el parto de grandezas que hace gemir a la Humanidad. Es el trigo del amor que medra en el erial para sustentar multitudes.

La pobreza es el patrimonio social que lleva a los talleres las manos conscriptas del trabajo y ofrenda corazones y cerebros a la patria-civilización.

La pobreza es edificante y constructora. A ella se debe la edificación social del espíritu del trabajo y la construcción moral del principio de honradez.

Es orfebre y lapidaria. Con el tormento bruñidor que faceta el diamante del alma, aquilata el verdadero brillo y deshace el falso relumbrón. Labra la plata de las domésticas virtudes, enriqueciendo con lucientes adornos el tesoro servicial. Funde el oro del donativo para vaciar copones con relieves en que cincela la figura de los hombres de talento.

La pobreza, depurando a la Humanidad de los humores enervantes de la holganza, previene la disipación del fuego de la originalidad creadora, y perfeccionando la naturaleza del bien, enriquece la generosidad que habitúa el alma al desprendimiento. La pobreza es el modelo de la vida de perfección social y la norma del sentimiento perfecto de la condición humana.

La pobreza es el anónimo del heroísmo de cada día. La pobreza es la profunda belleza de la dignidad del dolor. El pobre, sereno en el sufrimiento, no se agita desconcertado amenazando tempestad; a cada nueva herida, en su honda amargura, su corazón llora una perla, y en sus ojos continúa tranquilo el mar.

Dios: el genio del bien, es el principio radiante del espíritu de pobreza. El día es su faena de luz, y la noche estrellada, su brillante reposo. Dios es un eterno desprendimiento de belleza, un eterno trabajo de luz; es un obrero de la eternidad. Dios es un pobre, porque sólo siendo pobre pudo ser Dios.

Excluida de la sociedad de los dioses, la pobreza goza de la amistad de Cristo. El, penetrando invisible en la forma de yeso en que lo figura la piedad, escucha y bendice al pobre y se lleva las penas y deja su claridad. El lo visita en los días tristes y en las noches silenciosas, y en la noche del día más triste se le aparece envuelto en un manto de luz para llevarlo a su reino a gozar la eterna felicidad de una gloriosa pobreza.

La pobreza es la hembra gloriosa que, poniendo seres al mundo, no los acaba de alumbrar, sino que los sigue dando a luz en la esfera moral, como a ciudadanos de selecta educación y varones de excelsa virtud. Es la madre de los Gracos, que satisface la curiosidad mundana enseñando Sus joyas con alma. Es aquella estrella de Galilea que anduvo con los pies descalzos tras la divina locura del maestro de la Humanidad.

La pobreza es la fortaleza de la ternura, que alienta la hoguera del sacrificio con retazos de su corazón. Es la santa madre de los macabeos, es Ruth la moabita, que, con el desecho del sembrado, hace entre las palomas del campo la gavilla del rastrojo bíblico, entre cuyos granos se llevó el amor.

La pobreza es hornacina de reliquias de emoción. Es la lámpara votiva del afecto familiar. Es el ara del sacrificio del puro amor.

Es la custodia de valores morales en que la Humanidad guarda su ideal oro de ilusión. Es el arca espiritual en que las razas, en sus éxodos de aspiración, transportan los sacros vasos en que el Trabajo, dios de la vida, bebió el jugo de la esperanza.

La pobreza es una deidad ciclópea animada por la tenaz idea que alienta al genio en las escabrosidades de la fortuna, trepando a la cima de la Gloria, con su lágrima de esfuerzo en la frente.

Es una soñadora belleza mística conduciendo multitudes pacientes de amor tras el tesoro de la invencible esperanza por las áridas estepas del sacrificio, hacia la tierra prometida donde serán "bienaventurados los pobres", porque la pobreza es una gracia que el cielo guarda, como la Naturaleza a las rosas, vistiéndola de espinas.

El Gallo Cochinchino

Un gato montés que se había cebado a las aves de la hacienda, una noche hizo presa en una clueca madre de linda pollada de la que sólo quedó un individuo —con perdón de los bípedos implumes— en esa edad en la que aun no se ha definido el sexo, que en el caso sólo es cuestión de cresta y pluma. El pollito anónimo, que en los primeros días de su orfandad anduvo piando sin sosiego en busca de su madre, poco a poco se acostumbró al abandono y se dio a buscarse la vida por su cuenta. Todos sus despiadados congéneres le pegaban con esa falta de misericordia propia de su animalidad. Solo un viejo gallo cochinchino, hacía tiempo inválido de las faenas galantes, y que por ser ejemplar de raza se había pasado del término de olla, quedando con seguro de vida como jubilado de la laboriosa atención a las hembras de serrallo, no molestaba al pollito; por el contrario, lo llamaba picando una pajita o escarbando con sus patas calzonudas cualquier basureja.

Relevado por otro gallo joven, el viejo cochinchino había dejado de servir al diablo, y veía a las gallinas como a simples gallinas, sin el atractivo de la tentación.

Algo debemos decir sobre la estirpe y figura del noble viejo. La raza cochinchina, procedente de la posesión francesa de ese nombre, en la Indochina, fue importada al país mucho antes que las Brahama, Rhode Islan, Sussex armiñada y otras más especializadas en determinado objeto. Era una raza parecida a la Orpington, sus tipos eran enormes, de color gris con pintas rojas y amarillas, de carácter tranquilo y andar grave, con esa solemnidad majestuosa propia de la fauna nacida al fulgor del sol de los Rajás y los Mandarines. En la cabeza el filete rojo de una etiqueta de cresta, y la cola corta y recogida como un moño sobre la rabadilla.

El Cochinchino de nuestro cuento, particularmente, era un gallo caballero, discreto y reposado, que pasaba los días buscando un regalo de desperdicios o la golosina de un trigo flaco. Con sus cachos enormes parecía un veterano coronel de caballería en cuyos talones las espuelas sin control de podadera, hubieran crecido desmesuradamente. Además, el filete de cresta, le daba aspecto de estar acicalado con gorrito de escritorio. El buen señor había envejecido en la pureza de su raza, quedando entre una runfla de gallinas que ya no le hacían caso, como el tipo solitario de una nobleza en desgracia.

El pollito que se sentía atraído por la bondad y atención del viejo gallo, acabó por apegársele e ir tras él, siguiéndole donde iba y ahí tienen ustedes un pollito conducido por

un gallo paternal, cosa muy rara por cierto entre estos tenorios crestados, tan celosos de su gallarda hombría.

El pollito iba tras las chafarrangas de su protector como un niño cuidado por un viejo gendarme que hiciera oficio de niñera.

Cuando llegaba la noche, el gallote, que solía subir a dormir a lo más alto de una enorme acacia ferrosísima (vulgo paca) que había en el patio; después de afanes prolijos, el vencedor de cien batallas, malgrado de su volátil altivez, poniéndose en cuclillas se acomodaba en el suelo para abrigar, igual que una gallina, al pollito.

Al abrigo del padre cochinchino, el pollito huérfano, creció rápidamente y a la vista se transformó en una blanca y espigada pollita, de patas rosadas, plumas de nieve, y un pico de oro pálido, como para picar granadas y frambuesas.

Qué curioso era ver a la niña ir al lado del viejo, y al anochecer arrellanarse junto a él, que al menor ruido, serrote, daba la voz de alarma, y desde la media noche, con su áspero vozarrón, menudeaba un recio alarido; mientras la pollita se encrespaba con mimo, al sentir un airecillo, o despertada por algún movimiento, sacudía el níveo abrigo de sus plumas, como desechando una idea voluptuosa, y con frase gutural modulaba, como una sonatina de ensueño, el Chur-r-r-r... de sus emociones de gallina. Amanecía el glorioso amanecer de los valles, y la polla, con elegante vuelo, se largaba de la rama al suelo, tras el batacazo del viejo que le había precedido en buscar tierra:

Cuando comenzaron a revelarse formales formas de gallina en la pollita, y ya le echaban su gorgoteo los gallos jóvenes, y ella se sentía en estado de merecer, el gallo padre comenzó a mostrarse celoso y mas de una vez, al querer prevenir desacatos, no hizo más que sacar en limpio una sangrienta patada o un temerario revuelque ultrajante para sus años. La polla, con honestidad que decía muy bien de ella, si bien gustaba de los requiebros de los gallos mozos, no se daba trazas de renegar de la patria potestad ni ultrajar con actos bochornosos las canosas plumas del viejo. El viejo sí parecía sentir feas intenciones y tanteaba proponer sus malos pensamientos a la polla; pero ella se le escurría y el viejo pasaba a otra cosa, y seguía siendo un buen viejo.

Así pasaba el tiempo, como pasa en el campo, de sol a sol y de madrugada a madrugada. Un día, algún colono de la finca, trajo de regalo un gallo joven y garrido, de plumaje rojo y reluciente, cresta a la pedrada, cola como pompom de bersaglieri y pitones como puñales florentinos.

Echado que fue el buen mozo entre la alada familia, parpadeó, dilató la pupila, miró al soslayo y, arqueando el cuello, abrió el pico en tijera, y con toda la fuerza de su pecho le largó un canto de fresco tenor.

Mientras las gallinas fingían indiferencia al recién llegado y cierto apego a su gallo y señor, éste, hecha la cresta un ascua, con la golilla encrespada como un plumero, invitando al grano del terreno, fue acercándose y terminó por acometer al intruso. Este, rápido como un relámpago, se puso en guardia y, al primer revuelo, hizo rodar a su contrincante que aturdido y desmoralizado y con la cola chueca, se dio a la fuga loca. El triunfador quedó en su sitio; estirando el pescuezo entonó una larga y sentida nota y fue dueño de las hembras del corral.

Un día, el nuevo señor se dio de picos con la pollita blanca; su sorpresa duró un instante e incontinenti le dedicó un guitarreo con el ala; le ofreció una miguita, y sin más quiso irse a mayores.

El viejo gallo, que en situación equívoca presenciaba ésto, entre atento y disgustado, previó abstención al atrevido, plantándosele en medio, resuelto a no consentir esas cosas que estarían bien con gallinas de la plebe, pero no con una señorita gallina.

Sin explicaciones ni requilorios el desvergonzado "galli-matías", antes que el veterano pudiera requerir la tizona, le metió una lluvia de patadas que dejaron al cochinchino anonadado y ciego.

* * *

Días después eran arduos los amores de la blanca princesita y el rojo sultán.

El pobre viejo, por experiencia, no se metió más a papá de pollitos huérfanos y, desplumado y reumático, andaba apenas, trabándose con sus cachos que parecían grilletes, hasta que una mañana de invierno fue hallado muerto. Y en el carro de limpieza lo llevaron al basurero donde se lo comieron los gusanos a la vista del sol, y el viento del gélido invierno aventó sus plumas, sin que la blanca pollita, que ya era opulenta madre de numerosa prole, se acordara del bondadoso viejo con una cruz de cáscara de rábanos o una guirnalda de hojas de zanahorias o velando su ojo redondo, modulara el chur-r-r-r... de una gallinácea oración, por la crestada alma del gallo cochinchino, que con pluma nueva y voz de ángel, a estas horas debe estar sentado en la gloria, donde las pollitas son dechados de pureza y los gallos sólo cantan para atormentar a San Pedro hasta que les eche puñados de grano de los di- vinos trigales.

© Rolando Diez de Medina, 2009.
La Paz - Bolivia